

HUGO LAMADRID

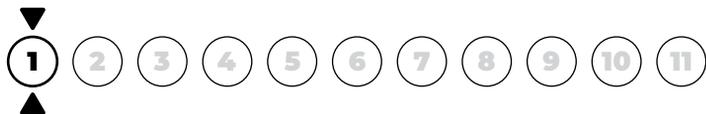


LAMADRÍ el renacido



Gloria, caída y
resurrección de un
trabajador del fútbol

ediciones
al arco



Lamadrí, el inmortal

▶ *-Estudiá, Hugo, estudiá... El día de mañana te vas a arrepentir.*
¿Cuántas veces me lo habrá dicho mi vieja? Decenas. Cientos.
Miles.

Pero, a los 20 años, tengo un problema: soy futbolista, llegué a Primera y me creo inmortal.

De golpe tengo un auto nuevo, plata en el bolsillo, fama. Firmo autógrafos, salgo en la tapa de los diarios, me gritan ídolo en la calle. Mi cabeza no está preparada para procesar tanta información; tampoco me prepararon para poder hacerlo.

Nadie me dijo que la vida útil del jugador de fútbol es más que limitada. Yo sabía que el fútbol era hermoso, una pasión universal, pero nadie me dijo que en un contragolpe te pueden agarrar mal parado y con la defensa desarmada.

Y que se puede acabar todo en un instante.



Terminaba el torneo Apertura 1988-1989 y ya habíamos clasificado a Racing para la Copa Libertadores después de más de 20 años. Racing no la jugaba desde 1968. Logramos el pasaje con un 0 a 0 una tarde en cancha de River frente a Platense. Nos quedaba solamente enfrentar de local a Boca para que terminara la primera rueda y el año, y nos toma-

ríamos vacaciones siendo punteros.

Pero nada es previsible. En la vida de un futbolista tampoco: el partido, en el Cilindro, se suspendió antes del inicio del segundo tiempo porque le tiraron un petardo al arquero de Boca, Carlos Fernando Navarro Montoya. El Tribunal de Disciplina les dio el partido ganado y a Racing le descontaron dos puntos.

Debí tomar ese ejemplo como enseñanza. Todo puede cambiar en un instante.

Pero no: me sentía inmortal. Me creía Superman. ¿Qué más le podía pedir a la vida y al fútbol? Tenía 22 años, me había afianzado en Primera y compartía el plantel con nombres como los de Ubaldo Matildo Fillol, Néstor Fabbri, Miguel Ángel Colombatti, Rubén Paz, Walter Fernández, el “Toti” Iglesias.

El futuro me sonreía, en los diarios me anunciaban un gran futuro y mi apellido se empezaba a codear con los grandes 5 de los ‘80. Para los periodistas deportivos yo comenzaba a formar parte de un grupo selecto de volantes centrales con Claudio Marangoni, el “Checho” Sergio Batista, Fernando Redondo, entre otros; y ya se hablaba de una posible citación al seleccionado de Carlos Salvador Bilardo.

-Te está siguiendo el Narigón –me dijo un día, como una confidencia, un periodista amigo.

Yo ya había formado parte del Juvenil con Carlos Pachamé. Ahora me seguía Bilardo para sumarme a la Selección que venía de ser campeona en México 86 y que, sin la obligación de pasar por las Eliminatorias, se encaminaba al Mundial de Italia 90.

¿Cómo no sentirme inmortal? Nadie me dijo que me proyectara 15 ó 20 años, que me pensara con 35 o 40 años de edad y ya como ex jugador.

¿Podría haber pensado así? No lo sé. Nadie me dijo.



19 de febrero de 1989. Es una tarde hermosa para jugar al fútbol. Estamos en Alta Córdoba para enfrentarnos a Instituto.

Soy titular, dice el Coco Basile. Balerio, Olarticoechea, Costas, Zaccanti, Olarán, Acuña, yo, Colombatti, Ortega Sánchez, Medina Bello y Walter Fernández.

Estamos 2 a 0, ganamos bien con dos goles de Medina Bello, promedio el segundo tiempo, manejamos los tiempos con tranquilidad esperando el final del partido.

Viene una pelota alta. La espero. Tengo tiempo para levantar la cabeza y mirar a mis compañeros. Pienso en esa fracción de segundo: si hay alguno libre busco el pase, si se complica, la tiro a la tribuna. Están todos marcados. Espero la pelota para un despeje fuerte y ahí voy. Siento el impacto del pie derecho sobre la pelota y, de inmediato, siento como si algo me arrancara el pie derecho. Vi a mis compañeros pero no veo al rival. No lo veo. No llego a amortiguar el golpe.

Siento el ruido a hueso roto. Después, oigo el silencio.

Caigo al piso sabiendo que pasó algo grave. Me quedo quieto. Bajo la mano hacia la zona del dolor con una única esperanza: que no tenga un hueso roto perforando la media, clavado en la tierra. El partido sigue: yo estoy tirado en el piso, quieto, y el partido sigue. ¿Nadie repara en que un volante acostumbrado al roce y al combate está quieto, en el piso, agarrándose el tobillo? Ni siquiera me animo a levantar la mano para pedir atención. El dolor me paraliza. Algo se rompió.

Me recuesto sobre el costado derecho de mi cuerpo. Me agarro la lengüeta del botín con la cara hundida en el pasto. Escucho mi respiración. Trato de calmarme.

Por la cara me caen gotas de un sudor frío.

Tengo miedo.



Después de 20 años, en nueve días Racing volvía a la Libertadores con un partido en Perú, contra Universitario de Lima. Un momento con el que sueña todo futbolista. Teníamos equipo para dar pelea, para ilusionarnos nosotros y los hinchas, y yo en ese momento sentía que no iba a poder estar.

Nunca pude recordar si del campo de juego de Instituto salí en camilla o caminando. El tobillo se me había hinchado tanto que no podía soportar el botín. No sé si rengueaba, si arrastraba el pie, si el médico me ayudó a salir. No recuerdo nada, salvo el dolor terrible cuando el doctor intentó hacer los movimientos de rutina con mi tobillo para comprobar el grado de la lesión.

Cuando me sacaron el botín y la media y me cortaron las vendas con una tijera, mi tobillo era una masa deforme, colorada y brillante. Caliente. Recuerdo que estaba caliente cuando lo toqué con mi mano temblorosa.

El médico me miró por unos segundos y yo entendí todo. Sentado en el piso, con la pierna izquierda flexionada y la derecha extendida, me dejé caer hacia atrás, sentí el pasto húmedo y clavé la mirada en el cielo. La puta madre.



Faltan 12 minutos para terminar el partido. Se escucha un grito: gol de Instituto. Ahora ganamos 2 a 1, Instituto aprieta y no tenemos más cambios.

-¡Flaco, Flaco! –escucho el vozarrón inconfundible de Basile. Me levanto.

-¿Qué, Coco? –le pregunto.

-¿Podés seguir?

Lo miro al doctor. También me mira. “No Flaco, no entres, estás loco, te vas a terminar de romper todo”, me dice con la mirada.

Pero soy inmortal.

-Claro, Coco, esperá que vea cómo me pongo el botín y entro.

Aflojo todo lo que puedo los cordones del botín, es la única forma de calzarlo. Me paro, levanto la mano, el árbitro me da el ingreso al campo. Me ubico unos metros por delante de los dos marcadores centrales para armar un triángulo, como indican los manuales al momento de tener que defender un resultado. Lloro del dolor, pero disimulo. Pongo cara de malo: por acá no pasan. Pero ruego que vengan: las dos veces que

salimos del asedio tengo que correr hacia adelante y el dolor me parte. Cuando nos atacan, en cambio, me puedo quedar parado, nada más que ocupando el espacio. Para eso entré.

El árbitro pita. Termina el partido. Termina esta tortura.

El Coco me felicita, algunos compañeros me abrazan. Hay que bañarse, atender a la prensa, ir al aeropuerto y volver a Buenos Aires.

Ganamos. Yo siento que perdí.



Hoy es común ver a un futbolista lesionado que, inmediatamente después del partido, es llevado a un centro médico de alta complejidad para hacerle estudios urgentes si el doctor lo considera necesario. Los adelantos científicos detectan un desgarro de milímetros con una resonancia magnética y en media hora el parte médico informa a la prensa cuánto tiempo de recuperación necesitará ese jugador para volver.

En otros tiempos, una rotura de ligamentos cruzados, por ejemplo, significaba el retiro del fútbol. Hoy sigue siendo una de las lesiones más graves y temidas, pero gracias al progreso de la medicina deportiva en unos meses el jugador puede recuperarse y volver a las canchas. Los tratamientos son activos, se entrenan grupos musculares que no estén afectados por la lesión y la psicología deportiva te puede ir ayudando a elaborar y a resolver en tu cabeza el padecimiento de esa lesión, entendiendo que es uno de los riesgos de esta actividad. El cariño de los hinchas y los deseos de una pronta recuperación te llegan de a miles a través de las redes sociales y eso te da fuerzas para encarar la vuelta con más ganas.

La noche del domingo 19 de febrero de 1989, mi proceso de recuperación comenzó en mi casa de Villa Domínico, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, con tres cubitos de hielo en una bolsita de nylon sobre mi tobillo, envuelto en un repasador verde y blanco que decía Hogar Dulce Hogar.

Recién a primera hora del día siguiente, lunes 20, fui a un sanatorio de Ciudadela para que me hicieran una radiografía y constataran la gra-

vedad de la lesión, aunque yo ya sospechaba de qué se trataba. Mi viejo tuvo que faltar a su laburo para poder llevarme en el auto. No había periodistas esperándome en la clínica.

Ya en la sala de espera y mezclado entre otros pacientes me sentía desolado, sin respaldo; solo con mi viejo, con la pierna estirada y advirtiendo con mi mano extendida a cada uno que se acercaba para que no me la llevara por delante.

“Pasá”, me dijo finalmente una joven radióloga. Me contó que se había recibido hacía pocos meses. “Me dijeron que iba a tener que hacerle una placa a un jugador de fútbol. ¡Sos el primer jugador de fútbol al que le voy a sacar una radiografía! Pero yo no sé nada de fútbol. ¿Dónde jugás vos?”.

Las salas de rayos son frías, nunca supe por qué. El tobillo, en cambio, me ardía.

“Te voy a pedir que no te muevas y que no respires. Así quietito te vas a quedar”, me pidió la radióloga. Yo temblaba, el cuerpo se me movía solo. Una luz tenue me alumbraba el pie y sobre el tobillo se me dibujó el cruce de dos líneas, como si fuera la mira de un arma, hacia donde, supuse, apuntaba el radiógrafo.

Desde un cuartito contiguo escuché la voz ya lejana de la radióloga, “no te muevas, no respires... ya está”, así, ya está. ¿Cómo que ya está?, pensé. ¿Me amenazaste para que no me moviera, me viniste metiendo presión y ya está? ¿En la carrera de un radiólogo existe la materia Presión al Paciente?

“Listo. ¿Me esperarás afuera, por favor? Gracias”, me pidió, ya más distante.

Volví a la sala de espera. No había televisor ni monitores. Me entretuve con el numerito de papel amarillo de mi turno, que era igual al de la carnicería de Cadorna y Helguera, en Wilde. Mi viejo estaba sentado a mi lado.

Un rato después volvió a salir la doctora. “Lamadri”, dijo, así, sin la d final. Tal vez ya sucedía, pero desde entonces me di cuenta de que todos me llamaban así, Lamadri. “¿Usted es el papá? –se digirió a mi viejo-. Entre también, don Lamadri”.

Se empezaba a develar el misterio.

“¡Qué lindo que saliste!” intentó el chiste, a destiempo, la doctora, como si me quisiera preparar para lo que se venía. El viejo recurso de “la caricia y la cachetada”.

Cuando entendió, por mi mirada, que el chiste había sido innecesario, me pidió que me sentara y me dijo con un tono de velorio: “Tenés astillada la base de la tibia. Te tenés que operar para que te hagan una toilette porque esa parte astillada de la tibia choca contra el astrágalo y la articulación no sólo va a tener un movimiento limitado sino que te va a doler porque chocan hueso contra hueso. Aunque tenés suerte de que no se fracturó la tibia, sino que se astilló”.

“Tenés suerte”. La frase me quedó retumbando en la cabeza. En ese momento supe cómo se siente alguien cuando le baja la presión. Supe también que mi viejo, un sargento retirado de la policía federal, podía llegar a tener sentimientos que le pusieran los ojos vidriosos. Y supe que el astrágalo es un hueso del pie con nombre de héroe de los Avengers.

Había que enyesar el pie, esperar que se desinflamara el tobillo y después poner una fecha para la intervención quirúrgica.

Ese día, lunes 20 de febrero de 1989, a ocho días de que Racing volviera a la Copa Libertadores con un partido ante Universitario de Lima y mientras me humedecían las vendas alrededor del pie para convertirlas en una bota de yeso, comencé un proceso mental y emocional de odio, de resignación, de dolor.

Lo curioso fue lo siguiente: nunca supe quién me lesionó, cómo siguió su carrera, si fue un gran jugador o no. A pesar del odio y de la bronca nunca tuve sentimientos de venganza hacia él, a tal punto que ni siquiera me preocupé por saber su apellido.



Volví a mi casa con la bota de yeso y un par de muletas que me ayudaban a caminar. Mi vieja me preparó el sillón del living para hacer más entretenida la estadía mirando televisión, en tiempos en los que sólo teníamos cuatro canales de aire y para sintonizar un quinto, que era el 2,

había que subirse al techo y direccionar la antena hacia la ciudad de La Plata. Pero estaba claro que dadas las condiciones de limitada movilidad en la que me encontraba, pasaría bastante tiempo para poder volver a ver el canal 2.

Mis viejos, con las monedas justas, hacían malabares para poder comprar los antiinflamatorios y calmantes que demandaba mi tratamiento, porque aparentemente en Racing habían puesto en marcha un novedoso plan piloto para el tratamiento y cura de lesiones óseas a través de la fe y de la palabra.

Quien sí pasaba cada tarde era el kinesiólogo del plantel, el querido Cacho Mallo, que tenía el mismo secreto para los dolores y para el whisky: “Ponele hielo, flaquito”.

Así empezaron a pasar los días siguientes: martes, miércoles, jueves. El domingo Racing recibiría a Newell's Old Boys por el torneo local y por la noche viajaría a Perú para jugar dos partidos: el debut ante Universitario, el martes siguiente, y contra Sporting Cristal tres días después, el viernes.

Yo iba a mirar los dos partidos desde el sillón, enyesado.

En teoría.



Digo en teoría.

Abro el interrogante con la ilusión de que, al menos, quienes tengan este libro en sus manos lleguen al final de este primer capítulo.

No por conformismo: aprendí a la fuerza y a los golpes que un gran logro se construye con pequeños logros diarios; y además ahora todo cuesta el doble.

Ya no soy aquel futbolista al que le pedían autógrafos o fotos a la salida de un entrenamiento o al que llamaban desde los programas de radio y de TV.

Ahora soy nadie.